

Jardines de Kensington

RODRIGO FRESÁN. MONDADORI, BARCELONA, 2003. 398 PÁGINAS, 21 EUROS

Si hay una novela reciente, escrita en español, que puede cautivar a los lectores más perspicaces, esa es *Jardines de Kensington* de Rodrigo Fresán. Hay en ella, en su escritura portentosa, arriesgada y exquisita, ese estado de gracia que nace de la

inteligencia inspirada, de la inspiración más gambera, y de la cultura.

FRESÁN no es, no puede ser, un inteligente puro, existe un fulgor arrebatado en su manera de narrar y además sabe que, como sus maestros Ph. K. Dick o Vonnegut, la inteligencia pura sólo provoca abundantes poluciones nocturnas, solitarias e infecundas. Es, por el contrario, ese narrador que en *Jardines de Kensington* acierta a construir unos personajes cuyas vidas no están exentas de *pathos trágico*, de búsqueda de una lucidez existencial, y de encanto. Un narrador lo bastante hábil y honesto para entregarnos una historia que, más allá de las imbricaciones de biografía e imaginación, es una confesión sobre los secretos y los traumas de la vida y sobre la imposibilidad de vivir más allá de esa Edad de Oro que simboliza la infancia.

En efecto, *Jardines de Kensington* es una confesión, la confesión inquietante y arrolladora que realiza, en un progresivo estado de drogadicción tan lúcido como torrencial, un desarraigado escritor de literatura infantil llamado Peter Hook. Durante una noche, este Hook que en su narración utiliza el *collage*, la fragmentación o el vampirismo, monta un doble relato en el que enfrenta su propia biografía a la de James Matthew, el célebre autor de *Peter Pan*. Hook es sombrío, y tan traumatizado y alucinado como alucinada y fabuladora es su escritura, una escritura que se lanza a desen-



JULIAN JAEN

trañar la vida de Barrie como ese espíritu romántico que se dedicó a perseguir la infancia perdida. Hook (que representa la mirada terrible del Capitán Garfio) es ese personaje existencialmente alucinado, entre una fantasmagoría propia de un David Lynch y la antigua lisergia de los *Swinging Sixties*. Un personaje cuya confesión es una búsqueda (la de ese jardín secreto que simboliza Peter Pan) y cuya búsqueda es una errancia. Una errancia vital y narrativa que, como ocurría en *Mantra* (su anterior novela) cannibaliza géneros, trasgrede estructuras y acumula datos e historias hasta formar un estado mental.

Novela que adopta el *fluir* de la memoria y los agujeros del olvido, que nace de ese cruce de historieta y de alucinación, de ternura y de tragedia, *Jardines...* es uno de los relatos más penetrantes y sagaces sobre el valor que el icono de la infancia tiene en nuestra cultura.

CON una colección de explícito nombre, *Bárbaros noveles*, y la manifiesta voluntad de publicar autores nuevos, ajenos a los circuitos más comerciales, nace en Barcelona este nuevo sello editorial, Barataria. Su primer título, del catalán afincado en Madrid José Antonio Miquel Silvestre —firma con los dos apellidos—, de entrada, toda una sorpresa. Bajo un diseño llamativo se esconde la historia de un registrador de la propiedad cansado de su vida, que decide lanzarse a una aventura sentimental con una muñeca hinchable. Los parentescos con Max Aub no son descabellados: el personaje no desmerece al universo del célebre vanguardista, como no lo hacen los secundarios que tropiezan con él en su peregrinaje urbano y que tratan de enmendarle, recriminarle o hacerle razonar, sin ningún éxito. Por si no tuviera suficientes contratiempos con las pretensiones vitales del protagonista, que despacha productos eróticos en un sex-shop, tropieza la rigidez de un padre abogado que desea para su hijo un porvenir jurídico como el suyo. Los detalles biográficos que esconde este detalle se adivinan al leer la contracubierta que hace referencia al autor.

La historia es desternillante, el protagonista no tiene desperdicio, y todo está contado con agilidad. Sin embargo, lo mejor es el estilo, florido sin ser pretencioso, y que contrasta a la perfección la grandilocuencia de las expresiones que utiliza con la miseria de las situaciones descritas. Miquel Silvestre tiene una variada paleta idiomática, igual que grandes dotes de narrador. Esta novela es, por ello, un acierto pleno, tanto para el autor como para sus recién estrenados editores.

ra. Para ello Fresán acude tanto a la forma de aparecer en el romanticismo a través del genio como la forma posmoderna y pop en que se desarrolla a partir de los años 60.

“¿Qué es el genio sino el poder de convertirse en niño?” se preguntaban aforísticamente Denis McKail y J. M. Barrie, y nuestro turbulento Peter Hook, en esta agónica noche en que relata su vida, responderá a su manera que vivimos entre dos países imaginarios, el de los niños que fuimos y el de los muertos que seremos y que entre ambos sólo hay cuentos infantiles.

No es extraño por eso que esta novela sea un homenaje a todos aquellos que se sienten felizmente contaminados por la literatura infantil, igual que es un homenaje a una época donde más salvajemente infantil y trágica se mostro nuestra cultura: los años 60. Pero la mirada de Fresán es una mirada fascinadamente icónica, catártica y alucinada. Fresán persigue el mito y su revés: el mito del Londres victoriano y del Londres psicodélico, el de los niños y el de la muerte. Y también del mito del nuevo milenio que se abre paso.

Esta historia, la historia de los *Jardines de Kensington* es una novela poderosa y perturbadora, un comentario memorable sobre la condición humana.

DIEGO DONCEL

CARE SANTOS